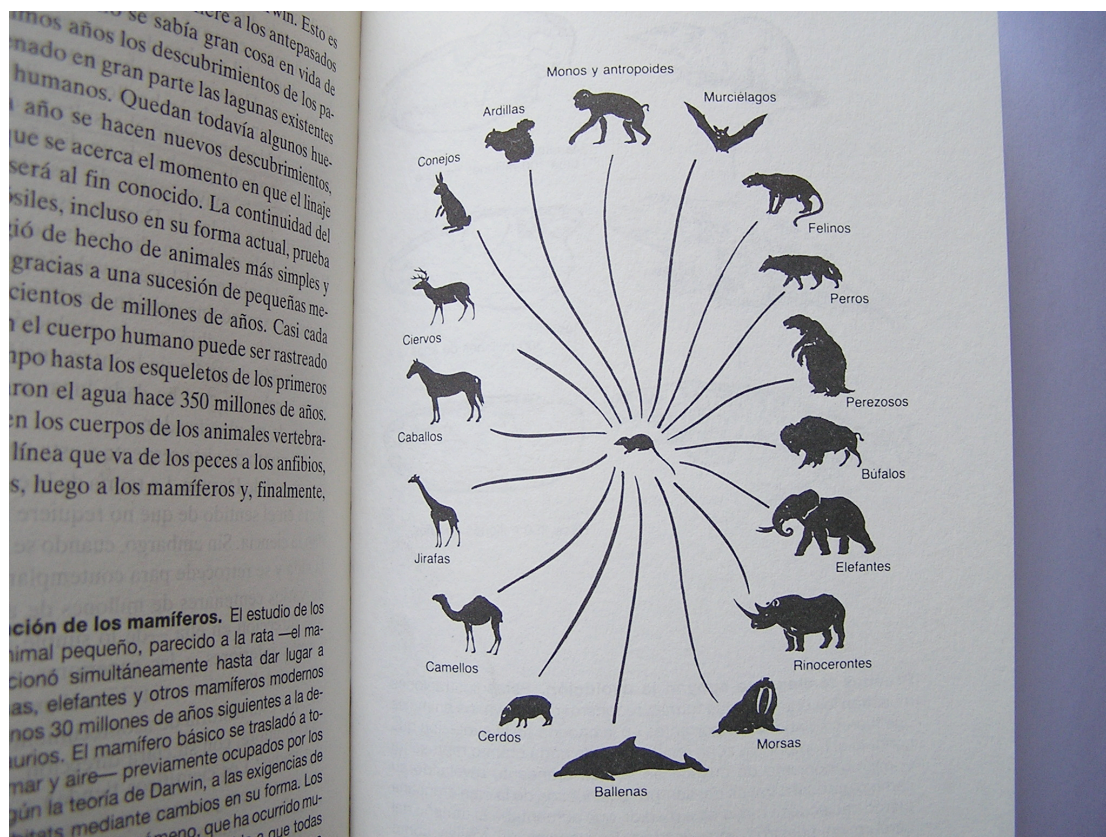


EVOLUCIONARIA REVOLUCIONARIA

~ nuestro abuelo es el demonio con cara de babuino ~



Buenos Aires, Argentina, diciembre 2009, ©B

1.

Algo de aquel fuego quema todavía.
La luz del sol móvil
sobre la copa de los árboles,
y mi corazón desbocado, de deseo.
Afuera, al alcance de mi mano
la fiesta.
Los tiempos verbales
amarrados, como helechos a una misma piedra.

Diana Bellessi

2.

—Discúlpeme —murmuré. Iba a irme, pero me quedé; en sus ojos
había algo parecido a una orden.
—Lo he visto en alguna parte, pero ¿dónde? —me dijo con una
voz inesperadamente fuerte.
—Lo dudo —contesté, moviendo la cabeza—. Acabo de llegar de
un... viaje muy largo.
—¿De dónde?
—De Fomalhaut.
Sus ojos se iluminaron.
—¡Arder! ¡Tom Arder!
—No —dije—, pero estábamos juntos.
—¿Y él?
—Murió.
Respiró con fuerza.
—Ayúdeme... a... sentarme.
Le rodeé los hombros. Bajo la ropa negra y resbaladiza no había
más que huesos. Le posé lentamente en el banco y me quedé en
pie junto a él.
—Siéntese...
Obedeció. Seguía jadeando con los ojos entreabiertos.
—No es nada..., la emoción —susurró. Al cabo de un momento
levantó la vista—. Soy Roemer —dijo sencillamente.
Me quedé sin aliento.

—¿Cómo? ¿Es realmente... usted? ¿Qué edad...?

—Ciento treinta y cuatro años —dijo con sequedad—. Entonces tenía... siete.

Podía acordarme de él. Fue a vernos con su padre, un matemático genial, ayudante de Geonides, creador de nuestra teoría de vuelo. En aquella ocasión, Arder mostró al niño la gran sala de prueba, los centrifugadores, y en mi memoria quedó grabado así: un niño de siete años muy vivaz, de ojos oscuros como los de su padre; Arder le levantó en el aire para que el niño pudiera ver el interior de la cámara de gravitación donde me hallaba yo.

Ambos guardamos silencio. Ese encuentro era en cierto modo inquietante. En la oscuridad contemplé con dolor y casi ávidamente la terrible vejez de su rostro. Tenía un nudo en la garganta. Quería sacar un cigarrillo del bolsillo, pero no podía hacerlo de tanto que me temblaban los dedos.

—¿Qué le ocurrió a Arder?

Se lo expliqué.

—¿Y qué encontraron ustedes? ¿Nada?

—Nada. Allí desaparece todo, ya sabe usted...

—Lo he tomado por él...

—Lo comprendo. La altura y todo lo demás... —le disculpé.

—Sí. ¿Qué edad tiene usted ahora? Biológicamente...

—Cuarenta años.

—Yo podría... —murmuró.

Comprendí qué quería decir.

—No lo lamente —dije con convicción—, no lo lamente. No lamente absolutamente nada, ¿me comprende?

Me miró a la cara por primera vez.

—¿Por qué?

—Porque aquí no tengo nada que hacer —le dije—. Nadie me necesita. Y yo no necesito... a nadie.

Fue como si no me oyera.

—¿Cómo se llama?

—Bregg. Hal Bregg.

—Bregg... —repitió—, Bregg... No, no puedo acordarme. ¿Estaba usted allí?

—En la cámara de gravitación de Janssen. Usted fue allí en compañía de Arder, quien le subió hasta el pequeño puente, desde donde contempló cómo me daban cuarenta g. Cuando bajé, me sangraba la nariz... Usted medio su pañuelo...

—¡Ah! ¿Era usted?

—Sí.

—Tenía la impresión de que el hombre de la cámara... era de cabellos oscuros.

—Sí. Mis cabellos no son rubios, sino grises. A esta hora no se puede distinguir muy bien.

Hubo otro silencio, más largo que el anterior.

—Usted debe ser profesor, ¿no? —pregunté para romper el silencio.

—Lo era. Ahora... no soy nada. Desde hace veintitrés años. Nada.

—Y repitió una vez más, en un susurro—: Nada.

—Hoy he comprado libros, y entre ellos hay una topología de Roemer. ¿Es suya o es de su padre?

—Mía. ¿Es usted matemático?

—No —repuse—, pero disponía de mucho tiempo... allí arriba. Todos hacíamos lo que queríamos. A mí las matemáticas me ayudaron.

—¿Qué quiere decir?

—Teníamos gran cantidad de microfilmes: literatura, novelas, todo cuanto podíamos desear. ¿Sabe que nos llevamos trescientos mil títulos? Su padre ayudó a Arder a completar la parte matemática.

—Eso sí que lo sé.

—Al principio lo considerábamos una especie de... distracción. Para matar el tiempo. Pero al cabo de dos meses, cuando se interrumpió definitivamente la comunicación con la Tierra y nosotros volábamos aparentemente inmóviles en relación con las estrellas, entonces, verá usted, leer que un tal Peter fuma nerviosamente mientras piensa si Lucy vendrá o no, y al fin ella entra, estrujando los guantes..., uno empieza riéndose y puede acabar montado en cólera. Resumiendo, desde entonces nadie más tocó una novela.

Stanislaw Lem

DATA

FOTO TAPA: B

1. Diana Bellessi, en *Crucero ecuatorial/Tributo del mundo* (1980/82), Buenos Aires, 1994.
2. Stanislaw Lem, de *Retorno a las estrellas* (1961), Madrid, 1993. Trad. Pilar Giralt y Jadwiga Maurizio.